

Carta de Salvador Allende al Partido Comunista

El Partido Socialista estudió con especial interés, en su último congreso general realizado en Valparaíso en agosto pasado, la situación política chilena, ante los trascendentales acontecimientos que se desarrollan en el mundo con motivo de la guerra y las innegables consecuencias de orden social y económico que ella está produciendo y las que, necesariamente ha de originar en el futuro, como lógico resultado de los cambios sociales que ha traído el conflicto, de las nuevas relaciones financieras y políticas entre los pueblos, de las medidas económicas que los gobiernos de las democracias combatientes se han visto obligados a tomar y, sobre todo, por la influencia de los sectores populares y de las clases obreras que ha sido ganada con ejemplar actitud, tanto en el frente interno como en los campos de batalla, lo que ha contribuido en forma tan terminante a la seguridad de ganar la guerra.

Dentro de este orden de ideas, el Partido Socialista no pudo menos de considerar el fracaso de algunos partidos tradicionales, en los cuales las contradicciones sociales y económicas de sus componentes, han anulado toda acción definida, lo que ha dificultado el avance de las masas populares hacia las soluciones de orden económico que la transformación del mundo impone. Esta planteación evidenció la necesidad de superar esta etapa y, para ello, el congreso estudió la posibilidad de la unificación de los partidos populares, como una manera de acrecentar su desarrollo e influencia (...) lo que permitiría romper el estagnamiento y el vigor doctrinario que permita la solución de sus necesidades y el progreso del país.

La realización de esta idea se veía grandemente facilitada por la reciente disolución de la III Internacional que, al liberar al Partido Comunista chileno de una tutela —que lo había hecho preocuparse básicamente del problema internacional, desde el punto de vista exclusivista y absorbente de la URSS, olvidando, a veces, los intereses del movimiento obrero chileno— lo coloca en la posibilidad de integrar esta nueva organización con la independencia y el sentido nacional de otros partidos. Fue así que se acordó aceptar la concepción teórica de formar un partido nuevo, admitiendo, sí, que este proceso de unificación debía ser la culminación de una etapa de madurez política. Dispuso entonces que el comité central del Partido Socialista planteara al Partido Comunista las bases de un entendimiento común, como etapa previa, y considerando para ello, las divergencias de orden doctrinario y táctico que habían evidenciado ambos, desde la fundación del Partido Socialista.

Ha pasado ya algún tiempo, a partir de la realización de nuestro congreso y, a pesar de los contactos mantenidos, día a día se acentúa más la conveniencia de dilucidar por escrito, con precisión y claridad, cuáles son los puntos divergentes y convergentes que ambos partidos tenemos sobre estas materias. Innecesario me parece, recalcarle que el imperativo de la hora y los intereses vitales de los sectores trabajadores, nos impulsan a asumir una definitiva actitud en el estudio, análisis y resolución de estos problemas.

Condición previa e indispensable

No tendría esta comunicación el tono de franqueza que nuestros propósitos merecen, si no afirmara aquí, como condición previa e indispensable para iniciar y mantener cualquier género de entendimiento entre ambos partidos, el que nuestras relaciones tuvieran como fundamento primordial, la más estricta sujeción a los principios de la lealtad política. Y para ajustarse a estos preceptos —que constituyen el medio más adecuado para olvidar pasadas incidencias— es conveniente procurar no incurrir en la repetición de hechos y de actitudes que de modo tan apreciable han contribuido a producir aquéllas.

Es así, que ahora estamos en presencia de un hecho demasiado frecuente, expresión de una política seguida por ustedes, que entraña extraordinaria gravedad y que el Partido Socialista no puede aceptar: el comité central del Partido Socialista, ha visto con extrañeza y con desagrado que algunos militantes del Partido Comunista y su diario *El Siglo*, usan calificativos diversos para dirigirse a algunos militantes del Partido Socialista que han tenido o tienen diversa representación en el partido y que, a juicio de esas personas y de ese diario, no tuvieron un criterio unitario. Debo hacer presente a usted y, por su intermedio, a la directiva que usted preside, que el comité central del Partido Socialista, por la jerarquía que representa y por el tipo de organización partidaria que tiene, es el único responsable de la línea política y de la orientación de sus militantes. No parece, pues, conveniente, ni es propicio a un entendimiento, el que se empiece —so pretexto de la unidad— a tratar de sembrar,

Fragmentos de la carta suscrita por Salvador Allende en su condición entonces de secretario general del PS, 1º de diciembre de 1943.

Ocupación de los miembros fundadores del PS

121 empleados; 30 carpinteros; 22 mecánicos; 21 contadores; 21 electricistas; 17 pequeños comerciantes; 13 estudiantes; 11 choferes; 9 zapateros; 9 médicos; 9 dueñas de casa; 8 telegrafistas; 8 pintores de brocha; 7 abogados; 7 mueblistas; 7 artesanos; 6 gasfiteros; 6 constructores; 6 estucadores; 6 diagramadores; 4 costureras; 4 panaderos; 4 barnizadores; 3 arquitectos; 3 sastres; 3 tipógrafos; 3 albañiles; 3 ingenieros; 3 sombrereros; 2 soldadores; 2 contratistas; 2 escritores; 2 marinos; 2 labradores; 2 vendedores; 2 herreros; 2 jornaleros; 2 jardineros; 1 aparador de calzado; 1 obrero de pavimentación; 1 actor; 1 obrero ferroviario; 1 hojalatero; 1 cuidador; 1 obrero de la construcción; 1 enlozador; 1 químico; 1 trabajador de barco mercante; 1 agente viajero; 1 pintor; 1 vendedor a comisión; 1 diseñador o dibujante; 1 fotógrafo; 1 carpintero; 1 músico; 1 obrero de fábrica; 1 ayudante químico; 1 técnico; 1 vendedor viajero; 1 vidriero.

Tomado de Paul Winter Drake: *Socialism and populism in Chile*; Stanford University, EEUU, 1971.

en el seno del Partido Socialista, una posible pugna entre militantes "unitarios" y "anti-unitarios".

El Partido Socialista es y será un todo, y sus militantes tienen que aceptar las líneas que trace su directiva máxima. Por último, será un congreso del Partido Socialista, convocado específicamente para ello, el que determine en definitiva, la aceptación o rechazo de los compromisos o posibilidades a que pueden llegar las directivas comunistas o socialistas a través del comité de enlace, como culminación del entendimiento producido en él o se avoque al estudio del fracaso de tales gestiones, si no se llega a un entendimiento.

Nuevas modalidades de convivencia

Ahora, estimado camarada, paso a hacer a usted algunas consideraciones que estimo fundamental plantear para una exacta apreciación de nuestros puntos de vista.

Los socialistas hemos mirado los acontecimientos políticos y sociales del mundo con la profunda preocupación de los

hombres que comprenden que principios y doctrinas han sido, en parte, superados en sus concepciones, por hechos históricos de alcance no previsto en su compleja amplitud, y hemos observado, asimismo, estos acontecimientos, con la seguridad de que esta guerra ha de proyectar hacia el futuro nuevas modalidades de convivencia; ha de aprovecharse, también, la experiencia pasada, para enfocar con un criterio más realista las transformaciones que cada pueblo necesita, para acentuar su desarrollo económico e industrial y para afianzar los derechos de las clases trabajadoras, que son reclamados con imperativa urgencia. Los socialistas comprendemos que los estrechos moldes partidarios y las estrechas limitaciones de interés proselitista, han de sufrir, como consecuencia de hechos reales, una superación que obligue a los hombres que sientan profundamente la responsabilidad de la acción pública y la inquietud de los sectores populares a ubicarse definitivamente en las agrupaciones y partidos que representen, con esa nueva actitud, sus principios, sus ideas y sus intereses.

Los socialistas estimamos que esta nueva acción política debe basarse, en nuestro país, en la unidad material y espiritual de los hombres que viven de un jornal o de un sueldo, de lo que hemos llamado "trabajadores manuales e intelectuales", que son los que representan la base esencial de un pueblo. Tal hecho ha sido destacado con relieve especial por esta guerra que, al desarrollar la técnica en forma extraordinaria, ha elevado considerablemente la importancia social y el rol futuro de técnicos, intelectuales y profesionales conjuntamente con la mayor selección e influencia de la clase obrera, natural conductora de un movimiento de esta índole.

Socialismo y libertad

Los socialistas comprendemos que los hombres así agrupados, deben tener una orientación doctrinaria común, que en nuestro caso debe ser el socialismo científico, enriquecido y renovado por la experiencia histórica contemporánea, que lo impone, no sólo como una aspiración de las clases oprimidas, sino como la justa solución a las exigencias de la economía y del conjunto de relaciones sociales. Deben tener, además, un programa de acción común y una misma unidad de pensamiento, para apreciar las tácticas políticas que deban utilizarse.

Una transformación de esta naturaleza, auténticamente chilena, asentada sobre nuestra realidad nacional y con preocupación fundamental por la unidad política y económica de los pueblos latinoamericanos, creemos que puede constituir, al proyectarse en acción política, la herramienta indispensable para forjar días mejores para Chile y para los sectores populares.

DESACUERDO CON MINISTRO

"(...) expresó estar en desacuerdo con lo que según se le preguntó había manifestado el ministro secretario general de Gobierno, en el sentido de que el candidato debe ser un militar de 75 años de edad. 'Esa también es una opinión del ministro Poblete que yo he escuchado y que tampoco comparto, si es que es así', dijo."

General director de Carabineros Rodolfo Stange; *El Mercurio*, Santiago de Chile, 16 de marzo de 1988.

La política comunista frente al plebiscito

Arturo Sáez

Desde su tradicional posición que autoasume la representación de los intereses obreros, el Partido Comunista (PC) impulsó, a partir de 1979, una política de confrontación contra la dictadura que tiene una fuerte orientación ultraizquierdista. A pesar del severo fracaso de 1986 y de los conflictos internos que vive, dichas posturas se mantienen en lo fundamental. La verdad es que amplios sectores de la oposición esperábamos profundas rectificaciones en su quehacer. Con preocupación observamos las dificultades y vacilaciones con que la dirección del PC ha asumido la coyuntura plebiscitaria, en una situación de creciente marginación social y política, justamente en aquellos sectores de la población que históricamente estuvieron bajo su influencia o que por lo mismo consideran altamente sus opiniones y conductas.


En efecto, las tesis sostenidas por Luis Corvalán en su más reciente documento público (abril del presente año), señalaban que la Izquierda Unida "es la mejor alternativa de poder", en una coyuntura donde se visualiza la existencia de un potencial de movilización social que "llegue y pase más allá del plebiscito" y que "adopte una forma de sublevación nacional". Tales afirmaciones evalúan erróneamente el momento social y político del país y demuestran la inca-

pacidad comunista para enfrentar adecuada y unitariamente dicho proceso. Observamos allí la reiteración de ambigüedades y contradicciones, que simultáneamente sobrevaloran la capacidad de rebelión de las mayorías populares y subvaloran al régimen en su posibilidad de reproducirse como eje del actual sistema de dominación. Aunque formalmente se reconoce que la cuestión central hoy día es democracia o dictadura, en los hechos se visualiza una situación que dispone de potencialidades transformadoras distintas. Se confunden nuevamente deseos y realidad.

Sin embargo, enfrentada a la movilización social y política promovida por la oposición en torno del plebiscito, la dirección del PC ha terminado finalmente por adoptar el acuerdo formal de votar por el *no*. Sabemos que las decisiones para que sean eficaces deben ser oportunas. Aún más, quedan pendientes, sin embargo, aquellas rectificaciones que permitan al PC reincorporarse a la vida política nacional como aquel agente de democratización y cambio que fue en el pasado. Esperamos que así sea. El país así lo demanda. Estamos convencidos que ello es necesario y conveniente para la vida democrática del país. Ojalá también sea posible.

Sin duda, la derrota política de la dictadura significa enfrentar el plebiscito

con una estrategia opositora que vaya más allá de lo estrictamente electoral. Si bien lo electoral es eje ordenador del proceso, resulta clave construir una fuerza social que asuma la reconstrucción del tejido social, permitiendo el triunfo de *no* y su defensa. Además, tal objetivo se proyecta hacia la transición. Los trabajadores, pobladores, mujeres, jóvenes y campesinos organizados deben ser actores centrales de la democracia chilena. Afirmar, reconocer y trabajar por el logro de estas metas, permite enfrentar adecuadamente las políticas triunfalistas de ultraizquierda y las vacilaciones de otros sectores dispuestos a negociar bajo cualquier condición. Ambas posturas generan expectativas que, al no cumplirse, desmoralizan al conjunto de los sectores democráticos.

Quienes hemos participado de la conveniencia de utilizar este evento, con todas las limitaciones que nos han sido impuestas, debemos tener presente, con mucho realismo, los niveles de organización y participación ciudadana actualmente existentes. En ese sentido, el cambio hacia la democracia tiene componentes culturales y sociales irrenunciables, que son parte del desarrollo político del país. Elementos que deberían estar presentes en todo momento y, particularmente, en la coyuntura que enfrentamos. 

En la misma forma en que la guerra va rompiendo los viejos moldes imperialistas, ella ha destruido, a nuestro entender, la concepción político-social de la dictadura totalitaria. Lo primero, ha de permitir nuevas relaciones entre las grandes potencias y los pequeños países, o ha de organizar a éstos en una actitud de lucha más decidida por la conquista de su libertad política y económica. De lo segundo, se desprende, para los socialistas, la evidencia y la necesidad de poder realizar el socialismo en un ambiente de libertad; es decir, que socialismo y libertad, para nosotros, son dos conceptos que marchan paralelos y que garantizan ambos, el pleno ejercicio de los derechos establecidos en una verdadera democracia.

Una política continental

(...) Esta dilucidación que proponemos, referente a los puntos de

doctrina o de la acción política, no excluirá, por cierto —en el caso de no llegarse a un pleno acuerdo— el continuar una labor conjunta relativa a todos los tópicos coincidentes.

Paso a referirme, camarada secretario general del Partido Comunista, de manera general, a algunos de estos puntos, en relación a los cuales nosotros tenemos una posición precisa y respecto a los que también deseamos que ustedes determinen la suya, ya que existen discrepancias evidentes y notorias.

Los socialistas, creemos que los partidos populares de Chile deben, esencialmente, preocuparse de realizar una política de tipo continental; la unidad política y económica de los pueblos de Latinoamérica, como manera de enfocar los problemas de la postguerra, y como posibilidad de defensa de estos países pequeños, de escaso desarrollo industrial, de economía débil, sujetos a la gran influencia del capital internacional. Los socialistas comprendemos que, a las viejas pos-

tulaciones de una lucha antimperialista cerrada, corresponde una nueva y clara concepción de relaciones entre los pueblos económicamente desarrollados y los de economía semifeudal, pero esta posición no puede dejar de significar una lucha en defensa de nuestra soberanía política y de nuestra soberanía económica.

El reconocimiento de que la política de Buena Vecindad ha significado un evidente progreso con relación a la anterior política de EEUU, no nos hace olvidar que en este país la influencia de los sectores plutocráticos es todavía demasiado grande; que el imperialismo de los círculos de Wall Street mantiene aún intactos sus apetitos; que él ha sido uno de los causantes de que no hayamos podido alcanzar en Chile el desarrollo industrial que nos es indispensable para subsistir y progresar. También nos asiste el temor de que, al imperialismo de las grandes empresas, vaya a suceder la opresión económica derivada de la política financiera que los Estados económicamente más fuertes pro-pugnan.

Condenar abiertamente las tiranías

Nos alienta la esperanza de que los sectores populares luchen en sus propios países contra el predominio de los grupos imperialistas, que han escrito horas de incertidumbre y desatado tantas luchas fratricidas.

Tampoco —y siguiendo el orden de consideraciones internacionales— concebimos nosotros que los partidos populares olviden sus deberes para con los pueblos americanos que sufren dictaduras de carácter personal, que niegan en sus procedimientos internos los ideales que dicen profesar en sus relaciones internacionales. No basta con luchar por la libertad de los presos antifascistas que agonizan en las cárceles de Brasil, Ecuador, Perú, Argentina, Bolivia, Paraguay y otros países más lejanos. Es imprescindible condenar abiertamente las tiranías que obstaculizan el desarrollo democrático de esos países, y no hacer distinciones teóricas entre aquellos directores que han roto relaciones con el Eje y los que no lo han hecho, y que constituyen un peligro para la paz de América.

Para nosotros, es vital que luchemos por un entendimiento económico y político de los países del continente. Para ello es primordial robustecer los lazos de entendimiento con la América democrática y popular, dondequiera que esté: dentro

o fuera del gobierno.

Sólo una América unida y fuerte, podrá ser oída en la paz futura.

Un programa de realizaciones

En el terreno nacional, nos preocupa se trace con absoluta precisión una línea política que, sin actitudes demagógicas, tenga un contenido económico-social definitivo.

El Partido Comunista ha postulado como una solución para las situaciones internas de Chile, lo que llama "la unidad nacional". No podemos aceptar nosotros una política de este tipo. Los grandes problemas actuales nos exigen más que nunca una definición clara, que permita a los hombres que tienen una orientación, actuar dentro de sus postulados y de acuerdo con las soluciones económicas que estos postulados determinen.

La guerra ha llegado a un punto en que se evidencian ya, con violencia, las contradicciones sociales en el frente democrático. Y nuestro país no escapa ni puede escapar a enfrentarse con ellas. No somos partidarios de exagerar su intensidad y provocar una solución violenta e importuna y de contribuir a trizar la solidaridad de todos los hombres y sectores que están en lucha contra el fascismo; pero, tampoco podemos renunciar a conquistar para los trabajadores manuales e intelectuales los derechos y reivindicaciones a que legítimamente son acreedores.

En Chile, la política económica de tiempos de guerra ha significado el enriquecimiento desproporcionado de empresas poderosas y el desarrollo del sector social que vive de la especulación; ha significado también utilidades gigantescas para algunas industrias, limitación de las garantías sociales y sacrificios y cargas para los hombres que producen riqueza.

Esta situación no puede continuar, a riesgo de entregar a la clase obrera a la demagogia de cualquier aventurero, lo que produciría al país más inquietud que los riesgos que se desea evitar. Estamos, en consecuencia, por un programa de realizaciones que se viene postergando mucho tiempo, aun cuando de paso, deban herirse los intereses de algunos antifascistas de ocasión.

(...) En nombre del Partido Socialista, saluda a usted y a los miembros del Comité Central del Partido Comunista, *Salvador Allende G.* secretario general del Partido Socialista. (X)

RETIRADO Y DE CIVIL

"... el miembro de la Junta de Gobierno en representación del comandante en jefe del Ejército, fue consultado sobre las opiniones vertidas por el general Matthei en el sentido de que la persona que ocupe la Presidencia de la República 'no debe ser comandante en jefe de nada', respondiendo que él anteriormente había expresado a corresponsales extranjeros que 'si el candidato designado por los comandantes en jefe era uno de ellos, en concreto me preguntaron si era el general Pinochet, yo les manifesté que de ser propuesto por los comandantes en jefe y elegido en el plebiscito por el pueblo, el día que asumiera la Presidencia de la República sería de civil y retirado de la institución'."

Teniente general Humberto Gordon; *El Mercurio*, Santiago de Chile, 17 de marzo de 1988.